

# ESCONDIDA

LOS

IMPERDIBLES

**ROSS ARMSTRONG**

# **ESCONDIDA**

Traducción de Montse Triviño



DUOMO EDICIONES  
Barcelona, 2017

*Para Catherine*



## *7 días antes de que ocurra*

Miro en su dirección. A unos cincuenta metros de distancia, tras una hoja de cristal, veo a una mujer de pie. Mirando hacia el embalse. Está en el bloque de enfrente. A él ya lo había visto antes en ese edificio, pero a ella no. A él lo he estado observando. Ella tiene más o menos la misma estatura y constitución que yo. Podría ser mi propio reflejo. Bueno, en realidad no podría serlo porque tiene la piel algo más oscura que yo. Tiene un aire... europeo. Se apoya con una mano, suavemente, en el marco del ventanal. Parece absorta en sus pensamientos. No, parece preocupada. Se mordisquea el labio inferior con los dientes. Se ha puesto carmín. Tiene el flequillo despeinado. Lleva un fino vestido azul, de estilo veraniego. Giro la rueda de enfoque de los prismáticos, para obtener una imagen más nítida. Las cejas, perfectamente depiladas, están fruncidas, en un gesto de contrariedad. El sol vespertino que se filtra por su ventana, orientada al norte, le ilumina a medias el rostro. Aunque tal vez no sea su ventana. Porque, yo desde luego, no había visto antes a esa mujer. Ahí. Con él. Lo cual me parece extraño.

Da un cauteloso paso hacia atrás. Un paso firme, felino. El sol retrocede ahora, le acaricia las facciones a modo de despedida. La penumbra de la habitación le oculta el rostro, como si fuera un manto, y la envuelve. Me cuesta más distinguir su expresión. Pero aún la veo. Está inmóvil. Atenta. Concentrada. Pensativa. Todos los músculos del rostro, hasta el último, tensos y preparados. En un gesto resuelto y decidido.

El tenue resplandor de la habitación aún la ilumina. Pero muy poco. Débilmente, muy débilmente. Tal vez sea el resplandor de una única lámpara. Parece una mujer fatal. Envuelta en sombras. Como en una película de 1954. Qué rápido se convierten todos en modelos ante mis ojos. Todos los que están tras las ventanas del edificio que tengo justo enfrente. Como si estuvieran posando para mí. Para una sesión de fotografía. Qué bien actúan. Qué atractivos resultan. Casi como si lo supieran.

Sin pensar en lo que hago, simulo una pistola con la mano que tengo a un lado del cuerpo. La levanto. Muy despacio. Hasta apuntar directamente a la mujer. Si apretara el gatillo ahora, haría añicos el cristal de mi ventana y luego el suyo; la bala la alcanzaría justo entre las cejas, un par de centímetros por encima del puente de la nariz. Le reventaría el cráneo. Y caería al suelo.

Pam. Pam.

Ay, señor. Está mirando. Está mirando hacia aquí. Y me ha visto. Me ha pillado. Me tiene en la mira. Tensa las facciones. Pero lo que me sorprende es el cuerpo. No mueve ni un solo músculo. Yo tampoco. Estoy inmóvil, pero no paralizada. Estoy lista. Preparada. El

codo apoyado en el alféizar. Con la mano izquierda sujeto los prismáticos. La derecha sigue simulando una pistola. Me mantengo firme por algún motivo. No me siento avergonzada.

Ella coge aire por la nariz. El pecho le sube un poco. A través de los prismáticos, la veo enfocar de nuevo la mirada. Las pupilas se le encogen una fracción de milímetro. Me mira fijamente.

Con un gesto premeditado, se lleva las manos al vestido y, sin apartar su mirada de la mía, se lo sube despacio para mostrarme el muslo derecho. Un moratón. Y justo encima, un poco más arriba, una quemadura. Me está observando fijamente. Ay, señor. Me está revelando algo. Sigue sujetando el vestido. Luego mira a su espalda. Ve algo. Deja caer el vestido. Tal vez no esté completamente sola. Aquí está todo tan silencioso.

Y entonces, a mi espalda, oigo el estruendo de las obras. Metal que se estrella contra el cemento. Tal vez el ruido ya estuviera ahí antes, tal vez lo haya sofocado yo misma. Con mi concentración. Siguen trabajando en los últimos edificios que quedan entre este bloque y el parque. Mientras la observo, prosigue el ruido de las máquinas y el estruendo de la bola de demolición. A mi espalda. *In crescendo* primero, para después descender inexorablemente. Un insistente zumbido. Como un muro de sonido, que sube y baja. Observo a la mujer y ella me observa a mí. Tal vez esté intentando decirme algo. ¿Está actuando? ¿Suplicándome? ¿Tratando de comunicarme algo? De mujer a mujer. Curva las comisuras de los labios en una especie de sonrisa.

Bum. Bum. Bum. Bum.

La voy a llamar... Grace.

Como si hubiera aparecido por arte de magia, una mano la sujeta por la garganta y la arrastra hacia la oscuridad. El vestido revolotea y ella agita los brazos mientras alguien la arrastra fuera de mi campo de visión. Desaparece. Expulso el aliento, y sólo entonces me doy cuenta de que lo he estado conteniendo hasta ahora.

Suena mi teléfono fijo. Doy un respingo y me retuerzo el jersey con una mano. Reprimo el deseo de gritar. Suena cada vez más alto, como si se estuviera acercando. Dirigiéndose hacia mí.

Es extraño que suene mi teléfono. Porque nunca antes había sonado. No desde que me mudé aquí. Ni siquiera recuerdo haberlo conectado.

Riin, riin. Riin, riin.

Me retuerzo los vaqueros con las manos, pues necesito algo a lo que aferrarme mientras me armo de valor. Mientras me vuelvo y contemplo el teléfono.

Riin, riin. Riin, riin.

Es raro, ¿sabes? Porque nadie tiene el número. Nadie. Ni siquiera tú.

Algo se estrella contra mi ventana. Caigo al suelo y apoyo la espalda en la sólida pared blanca. A salvo de miradas. Ahora respiro agitadamente. Estoy temblando. Se me ha erizado el vello de los brazos. Y noto el corazón desbocado en el pecho.

El cristal se ha resquebrajado. Ni siquiera me atrevo a volver la cabeza. Pero veo algo gracias a la visión periférica. Algo pegado a mi cristal ahora resquebrajado. No te vuelvas a mirar, me digo.

Pero veo algo. Por el rabillo del ojo.

No te vuelvas.

Veo algo. Que se está deslizando por el cristal. Muy despacio. De forma inquietante.

Respiro hondo por la nariz. Me muerdo la lengua con fuerza.

Me vuelvo. Y miro.